

sobradamente con lo que, por gusto, gana en sus negocios particulares. Ella no comprende que una mujer no haga nada, aunque no lo necesite», le dice a su madre en una carta <sup>37</sup>. Y en efecto, Zenobia se propuso liberarle de los diarios problemas económicos: «Toda mi vida mi propósito ha sido que Juan Ramón no tuviera ninguna preocupación económica, y no las ha tenido» <sup>38</sup>. Los negocios principales de Zenobia, aparte de la traducción y edición de Rabindranath Tagore, fueron el alquiler de pisos amueblados, principalmente a americanos, y la comercialización de la artesanía española para lo cual montó una tienda, Arte popular español.

Como la pérdida de su gran fortuna familiar y su nuevo estado le obligaban a conseguir unos ingresos suficientes para mantener una familia, los que no podía alcanzar de ninguna manera con los derechos literarios de su obra poética, única cosa en el mundo que le interesaba y a la que dedicaba su vida por entero, tuvo la idea de lograrlos trabajando en la industria editorial, como lo estaba haciendo gustosamente en las publicaciones de la Residencia, y aceptó la oferta que en el propio año 1916 le hizo la Editorial Calleja, una de las editoriales más importantes de España y la más importante de Madrid.

Había sido fundada en 1876 por Saturnino Calleja, a los veintitrés años, cuando era un empleado de la librería Jubera, especializándose desde el principio en el campo pedagógico. Su fama le vino de las variadas colecciones de cuentos infantiles, que leyeron la mayoría de los niños españoles que sabían leer, pero su negocio se consolidó con los libros y material de enseñanza primaria, en cuyo campo sólo tuvo un rival digno, la librería Hernando, y con sus colecciones de obras religiosas, con la conocida Biblioteca Perla, la de Industrias Lucrativas, la de Ciencia y Acción, la Aurea, las obras de medicina, etcétera.

Era una empresa de gran volumen económico y de gran complejidad y pocas personas habría con menos cualidades para dirigirla que Juan Ramón, aunque los hijos de Saturnino, que había muerto en junio de 1915, deslumbrados por el renombre del poeta y por su interés por las cuestiones tipográficas llegaron a pensar lo contrario.

El mucho trabajo al tener que acudir mañana y tarde a la editorial para preparar, entre otras, las ediciones de sus obras, le produjo una gran depresión. Por otro lado, y aunque los Calleja se portaron siempre con él con gran generosidad, surgieron desavenencias en la orientación de las ediciones y Juan Ramón prefirió abandonar el puesto. Recomendó para sustituirle a José Moreno Villa, que trabajaba en el Centro de Estudios Históricos con Gómez Moreno, y que se mantuvo en la casa hasta que las finanzas empezaron a marchar de mal en peor y fue preciso hacer una reestructuración de la empresa, es decir, un gran despido de empleados, en 1921.

Aprovechando su paso por la Editorial Calleja editó allí *Estío* (1916), *Sonetos espirituales* (1917), *Diario de un poeta recién casado* (1917) y *Platero y yo* (1917) realizadas todas en la imprenta Fortanet y bajo el epígrafe común de Obras de Juan Ramón Jiménez. La edición de *Platero y yo* no era la primera. Esta había aparecido aunque no completa y con una tirada de 3.000 ejemplares en la Editorial La Lectura, ilustrada

---

<sup>37</sup> *Cartas. Primera selección*, pág. 170.

<sup>38</sup> *Juan Ramón de viva voz*, pág. 300.

por Fernando Marco y dentro de una colección denominada Biblioteca de la Juventud, en la Navidad de 1914. Como compensación, Juan Ramón recibió, por una edición de 3.000 ejemplares, 500 pesetas de la editorial <sup>39</sup>, la cual hizo otra edición posterior encuadernada en tela.

La Lectura, que se inició con el siglo como revista y dirigía Francisco López Acebal, había sido fundada en 1913 y contaba con dos colecciones importantes, una, la de Clásicos Castellanos, que aún se mantiene viva a pesar de los años transcurridos, y otra de Pedagogía. En ella tuvo una intervención importante, como socio fundador y, posteriormente, como director, el pedagogo Domingo Barnés, que sería subsecretario de Instrucción Pública durante el bienio reformista de la República y más tarde, ministro. Probablemente, a él se debió el que la editorial fuera absorbida por Espasa-Calpe en diciembre de 1930, pues pasó a ésta como consejero.

Años más tarde volvió Juan Ramón a tener relación con La Lectura cuando ésta se encargó de distribuir las obras de Rabindranath Tagore, el poeta indio que obtuvo en 1913 el premio Nobel y cuyas primeras traducciones al español habían sido hechas por Zenobia en 1915 para mostrar a su enamorado el parecido que existía entre los dos poetas.

Antes de la boda, en 1915, Juan Ramón había incitado a Zenobia a publicar la traducción de la obra de Tagore *Luna Nueva*, que ella había hecho y él corregido. Fue un ensayo tímido pues Zenobia no se atrevió a poner su nombre completo y se limitó a las iniciales Z. C. A.

El gusto por el trabajo en colaboración, las similitudes entre ambos poetas y el éxito económico, les animaron a publicar una veintena de obras de Tagore, de cuya distribución se encargó durante algunos años la Sociedad General Española de Librería, sucursal de la parisina casa Hachette, que había sido establecida en España (1914) por Manuel Aguilar, el futuro gran editor. Aguilar hizo de la nueva empresa una gran distribuidora de periódicos españoles y extranjeros y de libros. Creó, además, una gran red de librerías, las de ferrocarriles, con tan buena fortuna que pudo ufarse de que en muchas ciudades la librería de la estación era la mejor de la localidad <sup>40</sup>.

Las condiciones que recibió Juan Ramón de la casa distribuidora fueron extremadamente favorables. Prácticamente le adelantaba el importe de la edición de cada libro a cuenta de una cantidad de ejemplares que adquiriría en firme, y vendía más de 500 ejemplares de cada título al año. Para Juan Ramón y Zenobia, la operación era el mejor de los sueños convertido en realidad. Preparaban el texto, seleccionaban el papel y la tela de encuadernación, diseñaban la distribución tipográfica de los libros, cuidaban de su impresión y se desentendían, dejándola en buenas manos, de las pesadas tareas de la comercialización.

Fue una suerte que apenas duró un lustro. Pronto decrecieron las ventas, la Sociedad retiró su oferta de adquirir en firme una cantidad elevada y se derrumbaron los sueños del matrimonio de publicar dos colecciones más, una de obras escogidas de Juan Ramón y otra de grandes obras de la literatura universal <sup>41</sup>.

<sup>39</sup> *Ibid.*, pág. 273.

<sup>40</sup> MANUEL AGUILAR MUÑOZ: *Una experiencia editorial*. Madrid, 1972, cap. VIII.

<sup>41</sup> En el Archivo Histórico Nacional se conservan cartas y liquidaciones de ventas remitidas por la

Posteriormente, la distribución de las obras de Juan Ramón la tuvo el librero León Sánchez Cuesta, cuñado de Pedro Salinas, al que están ligadas algunas aventuras editoriales minoritarias, como la de la revista *SI* («*Boletín Bello Español*» del *Andaluz Universal*) (1926) o *Ley* («*Entregas de Capricho*»), *Ley de Algo: a la Poesía: por Ej.*», (1927) de las que aparecieron sólo un número o las ocho entregas de *Unidad* (1925), o un cuaderno de cuatro páginas (1928), publicado con el título *Obra en marcha (Diario Poético) de J. R. J.* todos estos pliegos estaban muy bien impresos sobre un papel excelente.

Otro intento fallido lo constituyen la revista *Indice* y la Biblioteca del mismo nombre y con el subtítulo (de definición y concordia). De la primera, distribuida directamente, sólo aparecieron cuatro número (1921-22), aunque Juan Ramón se había hecho la ilusión de que podría llegar a ser un buen negocio<sup>42</sup>. Tenía una pobre presentación, estaban compuestos a dos columnas, con páginas amazotadas y sin márgenes, aunque Juan Ramón intentó darle alguna variedad con el papel de color para los anuncios y con una hoja suelta de suplemento adornada con un dibujo. La Biblioteca llegó a publicar (1923) siete volúmenes, bien impresos, con generosidad en el tipo de letra y en los márgenes, y encuadernados en tela con las letras doradas. Seis contenían obras breves de Alfonso Reyes (*Visión de Anahuac*), José Bergamín (*El cohete y la estrella*), Góngora (*Fábula de Polifemo y Galatea*), Antonio Espina (*Signatario*), Rubén Darío (*Cartas y versos a Juan Ramón*), y Salinas (*Presagios*). El otro volumen estaba formado por reproducciones de dibujos de niños, de Benjamín Palencia, con unas palabras previas de Juan Ramón. La exclusiva de venta la tuvo la librería y Editorial Rivadeneyra. Juan Ramón la concibió como continuación de la revista y estaba «inspirada en los mismos criterios de selección fina y justa. Un tomito mensual bellamente impreso alternando los maestros con los jóvenes»<sup>43</sup>. Debería ser «una biblioteca de perlas»<sup>44</sup>.

En el panorama de la tercera década destacan dos editoriales con las que Juan Ramón tuvo relaciones limitadas; Espasa-Calpe y la CIAP. Calpe había sido creada en 1918 por Nicolás María Urgoiti, director de la Papelera Española, que había logrado prácticamente un monopolio de la industria del papel. Como luchador nato que era, defendía duramente los intereses de su empresa, pero también estaba interesado por los temas culturales y le resultaba doloroso que los editores de libros y periódicos vieran en él el malo y, en su afán de ganar dinero encareciendo el papel, un grave peligro para el desarrollo cultural del país.

Urgoiti no se cansaba de repetir que los precios no eran la causa de las pobres ventas, sino la mala dirección y administración y para demostrar sus ideas creó (1917), en colaboración con José Ortega y Gasset, *El Sol*, quizá el mejor periódico que ha existido en España, pronto completado con un vespertino, *La Voz*. Al año siguiente,

---

Sociedad. V. María Teresa de la Peña Marazuela y Natividad Moreno *Catálogo de los fondos manuscritos de Juan Ramón Jiménez*. Madrid, 1979.

<sup>42</sup> *Cartas. Primera selección*, pág. 201.

<sup>43</sup> *Ibid.*, pág. 303.

<sup>44</sup> *Ibid.*, pág. 246.